

SOBRE FORTIFICACIONES IBÉRICAS.
EL PROBLEMA DE LA DIVERGENCIA RESPECTO
AL PENSAMIENTO ÚNICO

POR

FRANCISCO GRACIA ALONSO

RESUMEN - ABSTRACT

Este trabajo responde a los artículos de P. Moret y F. Quesada en los que se cuestiona el empleo por los iberos de sistemas poliorcéticos complejos de influencia mediterránea en la arquitectura militar de las defensas construidas entre los siglos V y III a. C. Una interpretación abierta de la documentación arqueológica y de las fuentes escritas greco-romanas permite defender el conocimiento de los sistemas de defensa ante los asedios antes de la Segunda Guerra Púnica.

This work reply the papers of P. Moret and F. Quesada about the use of complex poliorcetic systems whit Mediterranean influences from the Iberians at the military architecture of wall defences building at the V to III centuries BC. The large interpretation of archaeological documentation and the Greek-roman classic texts perhaps the defence of Iberians knowledge by the siege's tactics before the Second Punic War.

PALABRAS CLAVE - KEY WORDS

Cultura Ibérica. Fortificaciones. Asedios. Armamento. Sociedad.

Iberian Culture. Fortifications. Sieges. Weapons. Society.

Considero muy interesante la línea de trabajo definida por la revista *Gladius* consistente en incluir el género de las réplicas y contrarréplicas a los artículos que aparecen publicados en sus páginas. En muchas ocasiones la prudencia o la falta de interés han impedido la realización de este tipo de debates, con lo que se pierde la necesaria contrastación de opiniones sobre un mismo tema de la que, sin duda, surge el avance en el conocimiento.

Dicho esto, debo entrar a rebatir las opiniones que, en defensa de las tesis que defienden desde hace años sobre la definición y función de las fortificaciones ibéricas y la concepción de la guerra en el mundo ibérico han realizado P. Moret y F. Quesada en sus trabajos *Del buen uso de las murallas ibéricas* y *En torno al análisis táctico de las fortificaciones ibéricas*. Algunos puntos de vista alternativos, matizando o descalificando algunos de los apartados contenidos en mi artículo *Análisis táctico de las fortificaciones ibéricas*. Lo primero que debe pedirse al lector de este texto, y de los dos citados, es que amplie su interés y paciencia a la relectura de nuestro trabajo inicial, dado que sin esta premisa difícilmente comprenderá el alcance de buena parte de las argumentaciones opuestas, en ocasiones sacadas de contexto sin respetar tanto el conjunto de las tesis como su redactado.

P. Moret encabeza su escrito indicando que *le considero el único representante de las tesis que «han tenido como última consecuencia la negación del uso bélico de las fortificaciones, tomando como base teórica para ello la imposibilidad de que las mismas pudieran ser ni tan sólo objeto de ataque en función de los recursos técnicos y tácticos propios de las estructuras sociales ibéricas»*. Indica seguidamente que no reconoce ésta opinión como propia dado que sus planteamientos son totalmente contrarios a ella olvidando, por ejemplo, sus recientes conclusiones en este sentido: *«La turris ingens de Sagunto, orgullosamente erigida en el lado más accesible de la ciudad, para la admiración de todos, amigos y enemigos, tenía desde este punto de vista la misma función que las torres pentagonales de Tivissa, la torre poligonal de Ullastret o la torre de cuatro cámaras de Torreparedones; más que un instrumento de defensa, era el blasón de la ciudad»*¹. Veamos, cuando nos referimos, de forma global, a la opinión de P. Moret sobre el uso de las fortificaciones, hacemos mención a su empleo como sistema defensivo complejo destinado a proteger un núcleo de población exento de un asedio, es decir, a una función poliorgánica avanzada. Una cosa son los asaltos, que admite, y otra los asedios, que niega. Las tesis de nuestro colega francés niegan esta posibilidad al afirmar: *«il est indéniable que, dans la très grande majorité des cas, les enceintes ibériques n'étaient pas conçues pour des sièges en règle»*² reducen, por ejemplo, el uso militar de las torres de los poblados a elementos de observación: *«ces circonstances expliquen la disposition de nombreuses tours: isolées à une extrémité de l'enceinte, elles n'étaient pas conçues pour le flanquement, mais pour le guet»* (...)³; restringen el empleo de las torres como elemento de flanqueo: *«le flanquement ne se justifie que dans la perspective d'un assaut en règle, donc la présence prolongée de l'ennemi au pied du rempart, soit parce qu'il en tente l'escalade, soit parce qu'il le sape ou l'ébranle à l'aide d'un belier»*⁴, concluyendo que el único tipo de asalto puede ser el de la sorpresa en las puertas: *«car c'est tout simplement par la porte —en un moment d'inattention, de nuit par exemple— qu'une troupe ennemie avait le plus de chance de réussir un assaut»*⁵; para concluir con los tres motivos por los que los iberos no practicaban ni los asaltos masivos, ni la zapa, ni los asedios prolongados eran: *«l'étroitesse des courtines d'un grand nombre d'enceintes ibériques, dont les chemins de ronde ne pouvaient accueillir qu'un contingent réduit de défenseurs, la faiblesse des fondations et la rareté des dispositifs conçus pour s'assurer un approvisionnement constant d'eau»*⁶. Es en el sentido indicado, la negación de los asedios pese a la existencia de fortificaciones complejas, que hacíamos nuestra afirmación.

Las ideas que expresa P. Moret respecto a la importancia del flanqueo en las fortificaciones ibéricas no contradicen las nuestras. La protección de las partes más comprometidas de un sistema defensivo, ya sean tramos de muralla o puertas, depende necesariamente de la *capacidad de fuego* de los defensores sin las que ni éstas ni ningún tipo de obra defensiva tiene sentido, e implica, de hecho, un elemento fundamental: *la concepción apriorística de que las fortificaciones deban ser empleadas para este fin*, y ello, en nuestra opinión, sólo puede entenderse como el resultado de un conocimiento profundo de la forma de emplear murallas y torres por parte de los defensores de un asentamiento, idea que debe aplicarse asimismo al conocimiento de los modelos arquitectónicos de influencia mediterránea dispuestos en diversos poblados y no, como indica P. Moret, que: *«los iberos copiaron mal sus modelos, despojándoles de buena parte de la potencialidad defensiva de los modelos origi-*

¹ P. Moret (1998): «Rostros de piedra. Sobre la racionalidad del proyecto arquitectónico de las fortificaciones ibéricas». *Los Iberos. Príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad Ibérica*. p. 83-92, esp. p. 91.

² P. Moret (1996): *Les fortifications ibériques. De la fin de l'Âge du Bronze à la conquête romaine*. CCV, 56, p. 262.

³ P. Moret (1996): *Op. cit.* p. 262.

⁴ P. Moret (1996): *Op. cit.* p. 262.

⁵ P. Moret (1996): *Op. cit.* p. 263.

⁶ P. Moret (1996): *Op. cit.* p. 101-103; 76-78 y 66-69.

nales que imitaban»⁷. Como indicábamos en nuestro trabajo, fortificaciones como las del Puig de Sant Andreu-Ullastret pueden analizarse perfectamente aplicando patrones de *convergencia de tiro y apoyo de fuego* desde sectores adyacentes de una fortificación, como demostración de que todos los sectores de una fortificación están perfectamente interrelacionados y responden a la misma idea de planificación edilicia.

En relación a éstas últimas, creemos que P. Moret mezcla cronologías y conceptos. El trazado de la *Muralla Frigoleta* (muralla principal) debe datarse en el segundo cuarto del siglo VI a. C. y no a finales del mismo como indica; en ésta muralla el concepto de *flanqueo* consiste tan sólo en la defensa de tramos de cortina muraria por torres dispuestas a intervalos regulares, pero en estos tramos no se observa ningún elemento de cremallera o división en dos sectores complementarios del espacio intertorres, que corresponden a la segunda fase constructiva; el desarrollo del sistema de defensa con apoyos entre torres y tramos de muralla de perfil entrante se data precisamente en el siglo IV a. C.⁸, momento en que se construye la torre cuadrangular y, posteriormente (s. IV-III a. C.), se reorganiza el acceso de la puerta 1 con la conversión del perfil circular de la torre 6 en una estructura pentagonal como complemento de flanqueo de la *proteichisma* de éste sector, donde el *epikampion* avanzado hace del acceso a la puerta una verdadera ratonera. El sistema de muros en cremallera se aprecia perfectamente en el sector sur de la muralla (zonas *Vicente Sagrera-Subirana*) donde el espacio comprendido entre el ángulo del tramo F-H y la torre 7 está defendido por un trazado en cremallera entre los sectores H-J en el que destaca un retranqueo de 5 m. en el tramo I, al que deben sumarse dos retranqueos en el sector G-H. Es, sin embargo, en el área del Istmo donde el trazado de la muralla en cremallera es más claro, dado que se divide en 5 sectores, Q a X, con tres entrantes principales de 3 m. (tramo U-V), 5 m. (tramo S-T-U), y 5 m. (tramo Q-R), a los que deben sumarse entrantes menores en los tramos Q-R y R-S, completándose las defensas de esta zona con una poterna junto a la torre cuadrangular norte, asociada a una poterna (tramo X) protegida por un *epikampion*. Siendo la cronología de este sector del siglo IV a.C., no creemos que pueda afirmarse que: «no se aprecia un aumento significativo de las fortificaciones con flanqueo generalizado durante el Ibérico Pleno. Al contrario, en un caso tan emblemático como el de Ullastret, se observa un claro retroceso en este aspecto (...) la ausencia de torres de flanqueo en este sector (Istmo) no se compensa por el trazado en pseudo-cremallera de la muralla». Un análisis sobre el terreno de las fortificaciones, el estudio profundo de la documentación proporcionada por las memorias de excavación de M. Oliva y, especialmente, la reflexión sobre los sistemas de empleo de las mismas podrían resultarle más útiles para entender este complejo sistema defensivo que la consulta de la cartografía (antigua) publicada⁹.

Es evidente, como indica P. Moret, que una torre puede tener muchas más funciones que la estricta de su uso militar, pero es evidente también que alguna de las por él indicadas (refuerzo de construcción) corresponden más a las murallas o muros perimetrales. La diferencia de criterio entre nuestros planteamientos se basa en un hecho concreto: en nuestra opinión la construcción de las fortificaciones responde a una razón eminentemente militar preveyendo su uso ante posibles asedios y/o asaltos, principal motivo que justifica el empleo de recursos materiales y humanos en su construcción. Por tanto, el flanqueo y la defensa de un punto concreto del perímetro, sí es la función principal de una torre y, evidentemente, cuando una estructura social acomete la edificación de un sistema defensivo, creemos que *sabe perfectamente* como debe servirse de él en caso de necesidad por lo que no estamos de acuerdo con

⁷ P. Moret (1998). *Op. cit.* p. 89.

⁸ En el sector de la Muralla Frigoleta, tramos O-M; L-J; I-H; G-F; y C-D-E.

⁹ Para una descripción precisa de las fortificaciones del Puig de Sant Andreu-Ullastret con inclusión de las informaciones antiguas de M. Oliva vide: F. Gracia (1997): «L'artillerie romaine et les fortifications ibériques dans la conquête du Nord-Est de la péninsule ibérique (218-195 av. J. C.)». *Journal of Roman Military Equipment Studies*, 8, pp. 201-231.

la afirmación de que el flanqueo «*cuando se puso en práctica, raras veces lo fue de forma ortodoxa y con resultados tácticamente eficaces*», sobre la que cabría preguntar que fuentes o documentación se utilizan en su apoyo¹⁰.

P. Moret expresa su desacuerdo con nuestra opinión de que los tratados de Eneas el Táctico y Filón de Bizancio constituyen puntos de partida correctos para el análisis de la concepción táctica del uso de las fortificaciones en la cultura ibérica, dado que ello supondría que las élites ibéricas deberían conocer los tratados militares, y que los iberos realizarían asedios complejos, siendo las fuentes mudas a éste respecto puesto que no hacen referencia a la práctica del asedio entre los iberos y ello supone el desconocimiento de la poliorcética¹¹. En este punto debemos entrar en la reflexión sobre la validez de las fuentes escritas referidas a la península. Ya indicábamos en nuestro artículo los problemas existentes, sin embargo, creemos que está fuera de lugar negar un posible empeo de las tácticas de asedio porque no aparezcan reflejadas en unos textos que corresponden al período de la conquista, dado que por la misma regla tendríamos que negar la casi totalidad de la Cultura Ibérica sobre la que no existen informaciones textuales antes del período Bárquida, y aún a partir de éste tan sólo de forma fraccionada y como explicación complementaria a las acciones de romanos y cartagineses. La defensa de Tito Livio como principal fuente *válida* es correcta, pero no deben olvidarse los problemas de toda índole que tiene esta fuente y que ya comentábamos en nuestro artículo¹². La premisa: *un hecho existe o es correcto porque aparece o no en el relato de Tito Livio y es tal y como se describe en él* es, cuando menos, arriesgada, aunque suponga un necesario punto de partida que nosotros hemos empleado también en nuestro trabajo respecto a los asedios de Sagunto y Cartagena.

La negación del conocimiento de las tácticas de defensa que realiza P. Moret se basa tanto en las informaciones de las fuentes como en la no documentación de máquinas de guerra en el registro arqueológico a excepción de las menciones a las *furcae* y *lupi ferri* empleadas por los defensores de Orongis. Creemos que la falta de un elemento tangible¹³ no ha de ser un factor determinante. Deduciendo a partir de lo que indican las fuentes se pueden llegar a conclusiones diferentes. P. Moret niega por ejemplo, el uso de máquinas por los defensores de la ciudad de los Ausetanos (*Ab Urbe Condita*, XXI, 61) para lanzar dardos contra las má-

¹⁰ En relación con el empleo de fuentes en apoyo de las diversas hipótesis, P. Moret indica que realizamos *acumulaciones abigarradas de citas de todas las épocas*. Sinceramente, consideramos que nuestros ejemplos están más próximos y se ajustan más al patrón de guerra propio del mundo clásico, que intentar explicar el asedio de Sagunto por Aníbal a partir del sitio de la ciudad llevado a cabo por el mariscal Suchet en 1811 durante la Guerra de la Independencia. P. Moret (1996). *Op. cit.* p. 247.

¹¹ La referencia a la etimología de la poliorcética tan sólo como «*ciencia del asedio*» excluyendo la defensa de las ciudades que realiza P. Moret en la n.6 de su escrito es incongruente. Asedio y defensa son indivisibles. Si se lleva a cabo la lectura de las obras *Poliorcética* de Eneas el Táctico y Filón de Bizancio se comprueba como ambos tratadistas dedican tanto o más espacio a la defensa que al ataque de una fortificación, lo que demuestra que en el ámbito griego existía una noción muy clara de éste concepto, dado que el propio Eneas titula su obra *Poliorcética. Comentario táctico sobre cómo deben defenderse los asediados*. P. Moret, que expresa en su réplica el problema de escribir en castellano, ha empleado la definición de la acepción francesa *poliorcétique* que tan sólo incluye el concepto del asedio, por el contrario, el diccionario de la RAE define *poliorcética* como «*el arte de atacar y defender las plazas fuertes*». RAE, 21ª (1992), p. 1633.

¹² Junto a la bibliografía indicada en nuestro artículo vide también: J. A. Villar (1990): «Introducción general». Tito Livio. *Historia de Roma desde su fundación. Libros I-III*. Biblioteca Clásica Gredos, 144. Madrid, pp. 7-156.

¹³ La documentación arqueológica es siempre proporcional al volumen de empleo de un tipo de materiales o bien a la suerte del hallazgo. De los centenares de máquinas de guerra empleadas por Roma en la península se conservan tan sólo dos, las de Empúries y Caminreal, junto a partes de otra en Azaila, y ninguna de las púnicas, cuyo inventario tras la toma de Cartago Nova por Escipión es significativo. Por tanto, creemos que es muy probable que se documente en un futuro una máquina de guerra en un asentamiento ibérico, o bien sus proyectiles, baste recordar que los materiales de hierro (y los fragmentos de bronce que no corresponden a objetos de uso personal) procedentes de intervenciones arqueológicas no han sido tomados en consideración sino hasta hace algunos años, por lo que creemos que existen muchas posibilidades de localizar fragmentos de items de hierro o bronce *pertenecientes a máquinas* en los fondos de museos.

quinas de asedio romanas, sin embargo, no creemos que Escipión colocara sus ingenios dentro del alcance del tiro manual de los defensores, perdiendo así las ventajas de tiro y distancia en el fuego de cobertura, por lo que si los defensores eran capaces de alcanzar las máquinas de los sitiadores, necesariamente tenían que emplear ingenios mecánicos para hacerlo.

Indica P. Moret que para aceptar el conocimiento de la poliorcética por los iberos deberían darse dos cuestiones: que se conociesen los tratados helenísticos y que pudiera constatarse la práctica de los asedios por los iberos. En el primer caso no puede hacerse exclusiva mención de las fuentes clásicas referidas al periodo de la conquista y cifrar en las descripciones de Tito Livio el desconocimiento; como ya hemos indicado, la propia táctica defensiva de los asediados en Arse demuestra que habían asimilado los principios de la poliorcética mediterránea expresados por Eneas el Táctico o Filón de Bizancio. Por lo que respecta al segundo, es la propia estructura de las fortificaciones la que prueba la existencia de unos asedios que hacen necesarias las defensas complejas. Consideramos que es jugar con cartas marcadas negar las consecuencias de un hecho (las fortificaciones) para invalidar la causa (los patrones que las hacen posibles), y extrapolar la escasez de datos en las fuentes a partir del 237 a. C. a un desconocimiento anterior de las técnicas, o referirlas tan sólo a los enfrentamientos púnico-romanos por exclusión de los ibéricos, dado que, recordemos, la misión principal de los tratadistas griegos y latinos es, justamente, describir los hechos acaecidos entre ambas potencias, y no historiar el mundo ibérico.

El desfase *táctico y técnico* que indica P. Moret lo ejemplifica en las salidas que los laceitanos y los astapenses realizan en 195 a. C. y 206 a. C. Debemos recordar que la salida es uno de los patrones de la *defensa activa* de una fortificación y la génesis de la razón de poternas y proteichismas como se indica en la obra de Eneas (*Poliorcética*, XV, XVI), en ambos casos Tito Livio indica el motivo para la salida: los defensores reconocen las enseñas de aquellos a los que han vencido en numerosas ocasiones en campo abierto, por tanto existe un motivo fundamental para hacer la salida: la creencia en la superioridad que estaba en la base de la estratagema de M. P. Catón¹⁴. No es lógico por tanto concluir: «*los astapenses y los lacetanos se revelan (en los dos extremos de la geografía ibérica) irrimiblemente reacios a la forma de guerra estática que les era impuesta por la poliorcética romana*».

P. Moret indica que los iberos no conocían armas especializadas para la defensa con excepción de las horcas y los lobos de hierro, citando el pasaje de la defensa de Orongis (*Ab Urbe Condita*, XXVIII, 3, 6-7) puesto que no es posible equiparlos a las máquinas de guerra, aunque indica «*estos utensilios muy sencillos (...) no hay duda de que fueron conocidos en Iberia, como en el resto del Mediterráneo, desde mucho antes de la difusión de las innovaciones militares helenísticas*». Derivada de esta afirmación, la pregunta que hacemos es: ¿para qué necesitaban, o porqué eran conocidos los sistemas de repeler un asedio seguido de un asalto si se niega la existencia de los asedios?. La defensa de una puerta abierta (vide supra) no precisa de tales ingenios. Dado que en la nota 10 de su réplica indica que la presencia de una guarnición cartaginesa en Orongis no puede ser interpretada como la razón del uso de

¹⁴ En *Poliorcética*, XV, 8-10, Eneas el Táctico relata: «*los tribales, irritados por lo sucedido, tras retirarse para recuperar fuerzas, retornaron de nuevo a este territorio y prepararon emboscadas al tiempo que saqueaban el territorio de los abderitas a corta distancia de la ciudad. Pero los abderitas, al menospreciar al enemigo a raíz del combate librado previamente, salieron a su encuentro a toda prisa, con todas sus fuerzas y enardecidos, siendo los tribales los que los arrastraron hacia las emboscadas*». Si comparamos este texto con el de Tito Livio (*Ab Urbe Condita*, XXXIV, 20): «*El mayor número de sus auxiliares estaba formado por suesetanos; a éstos mando empezar el ataque a la muralla. Cuando reconocieron los lacetanos sus armas y sus enseñas, recordando cuantas veces habían saqueado impunemente sus campos, cuantas en batalla formada los habían derrotado y dispersado, abriendo de repente la puerta, irrumpieron todos contra ellos (...) y mientras los enemigos se dispersaban persiguiendo a los suesetanos, las llevó a la ciudad abandonada y silenciosa*» vemos como los relatos son idénticos por lo que respecta a los motivos de la salida, de donde se deduce que, o bien Marco Porcio Catón había leído a Eneas el Táctico, o que fue Tito Livio quien consultó la fuente y describió, posiblemente, un hecho basándose en un modelo anterior.

estos artefactos, admite implícitamente los conocimientos de las comunidades ibéricas en la guerra de sitio.

Niega asimismo P. Moret el trazado pentagonal, la influencia helenística, y la relación de la torre del poblado de La Serreta (Alcoy) con las torres de Tivisa a partir de los trabajos de M. Olcina. Sin embargo, los autores de la investigación expresan lo siguiente en el texto indicado como apoyo a la negación: «*El paralelo más cercano en planta de esta última se da en las torres pentagonales de la puerta del poblado de Tivissa (Tarragona) (...) la construcción se debió dar a finales del s.III o principios del s. II y su destrucción inmediata en la misma época (...) la fortificación exhumada es reflejo de la capacidad de la sociedad de La Serreta de planificar y levantar una enorme construcción, es decir, de disponer de una gran cantidad de recursos económicos y humanos que la hicieron posible de manera rápida, algo que abunda aun más en su carácter de capitalidad*». Similares opiniones se vierten en anteriores trabajos de los miembros del equipo de excavación del poblado de La Serreta¹⁵. En conclusión, una cosa es lo que se recoge en los informes, y otra aquello que quiere interpretarse, legítimamente, de ellos, pero sin mezclar conceptos. Y es que las opiniones de M. Olcina *et alli* plantean un elemento capital para entender la distribución de las fortificaciones complejas: la idea de la gradación de los recintos de poblamiento. Consideramos que es lógico suponer que los recursos técnicos empleados en la fortificación de los centros de poder correspondiesen a los modelos arquitectónicos de influencia mediterránea como forma de reafirmar la capitalidad y la defensa del territorio; en ningún caso puede pretenderse que los modelos poliorcéticos avanzados tuvieran que adaptarse al trazado de *todos* los núcleos de poblamiento sin calibrar sus características específicas (posición, tamaño) y su posición dentro de una estructura de poblamiento jerarquizada compleja. Argumentar en base al porcentaje de poblados que presentan obras poliorcéticas avanzadas sin distinguir categorías es un ejemplo lamentable del empleo de la estadística.

Sin embargo, todo el texto de la réplica de P. Moret expresa una clara idea de *no, pero sí* al referirse al componente poliorcético en la Cultura Ibérica. Tras negar conocimiento y extensión del fenómeno indica: «*Con ello no quiero decir que los asedios no existiesen entre los iberos (...). Caso aparte sería el de la Turdetania, donde evidencias de toda índole hacen pensar que, por lo menos durante el siglo III, las concepciones tácticas llegaron a acercarse significativamente a lo que se conocía en el Mediterráneo Central*» para concluir afirmando «*no voy a negar la posibilidad del conocimiento de técnicas poliorcéticas relativamente avanzadas en ciertos contextos peninsulares, como por ejemplo el hinterland de Ampurias, parte del Sureste y la Turdetania. Considero incluso que este conocimiento es altamente probable, dada la intensidad de los contactos con estos sectores ibéricos y la esfera colonial durante el siglo III*». Es evidente que generalizar el empleo de los conceptos poliorcéticos a las áreas más importantes del mundo ibérico para calificarlas después de «*experiencias marginales*» entraña una clara contradicción.

Por su parte, F. Quesada niega el empleo del arco en el concepto de la guerra ibérica en función de dos ideas: la falta de representación del arco en la iconografía ibérica, y la disminución del número de puntas de flecha en los yacimientos ibéricos entre los siglos V y II a. C.¹⁶ Su interpretación se basa además en la defensa de la concepción de la guerra *heroica*

¹⁵ M. Olcina; I. Grau.; F. Sala.; S. Moltó.; C., Reig.; J. M. Segura (1998): «Nuevas aportaciones a la evolución de la ciudad ibérica: el ejemplo de La Serreta». *Los Iberos.Príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*. Ed. Fundació La Caixa. Barcelona, pp. 32-46. E. Llobregat et alii (1995): «El sistema defensiu de la porta d'entrada del poblat ibèric de La Serreta». *Recerques del Museu d'Alcoi*,4, pp. 135-162.

¹⁶ La disminución del número de puntas de flecha en los poblados es, en parte, un hecho relativo. Es cierto que puede aplicarse el axioma *lo no publicado no existe*, y también que siempre se ejemplifica con aquello que nos es más próximo, pero, por ejemplo, en el excelente catálogo del armamento ibérico de F. Quesada, se citan tan sólo 5 puntas de flecha en el Puig de Sant Andreu-Ullastret, datadas significativamente en el período 375-350 a. C. (1997, 921), sin em-

que este investigador hace partiendo de conjuntos escultóricos como Cerrillo Blanco (Porcuna), en el que concepto de la *monomachia* ibérica deriva conceptualmente, y en última instancia, del patrón de combate de los héroes de la *Iliada*. F. Quesada indica también el rechazo de las sociedades mediterráneas —especialmente la Grecia arcaica y clásica— hacia el empleo de este arma por los hombres libres en función de los cambios en el sistema de combate y en las concepciones sociales que acarrea. Dado que nuestro amigo indica que *arrastramos* algunas fuentes clásicas en apoyo de nuestros argumentos, veamos como también en alguno de los suyos podemos rehacer esta línea argumentativa. No podemos suponer *a priori* como calificaban los iberos el empleo del arco puesto que no disponemos de ninguna fuente escrita que nos hable de ello, por lo que es imposible inferir si era considerada un arma *despreciable, de plebeyos o afeminada*. Sí existen diversos textos griegos, especialmente literarios (p.e. *Iliada*, XI, 380; *Acarnienses*, 707; *Ajax*, 1120-1123) y en menor medida también históricos (Tucídides, IV, 40, 2), que denigran el arco, a los que ya hicimos referencia en nuestro artículo (pp.145-148)¹⁷, pero no son menos los que indican su utilidad en el combate (Jenofonte, *Memor*, III, 9, 2) y, por supuesto, los hechos históricos en los que juegan un papel determinante, como en la *Anábasis* o la batalla de Esfacteria durante la Guerra del Peloponeso (425 a. C). Queremos indicar con ello que aunque una tradición pueda denostar (a nuestro juicio desde la aplicación de un principio de lucha heroico/literario más que de la realidad tangible) el empleo de un arma, cuando ésta se conoce y muestra su eficacia, ningún grupo, ejército o estado renuncia a su empleo si puede otorgarle una ventaja decisiva. Las fuentes griegas no pueden utilizarse como argumento contra el empleo del arco en el mundo ibérico¹⁸. Por lo que respecta al empleo de la honda, discrepamos asimismo de F. Quesada. Aunque único, el texto de Estrabón es significativo, como lo son los referidos a los honderos baleáricos, de los que Timeo dice (*Hist.* 18, 3) que «*en cuanto a su uso en la guerra, lanzan piedras mucho mayores que los demás, y tan enérgicamente que lo lanzado parece que es disparado desde una catapulta. Por ello en los asaltos de ciudades amuralladas golpean en sus lanzamientos a los que están sobre los parapetos y los ponen fuera de combate, y en las batallas campales rompen los escudos y cascos y cualquier arma de protección*» debiendo fecharse la redacción de esta obra como muy tarde en el primer cuarto del siglo III a. C., por lo que la referencia al fuego de cobertura con honda en los asedios ha de ser contemporánea o anterior. Este texto fue copiado posteriormente por Diodoro Sículo (*Bib. Hist.* 5, 18 1-4). La afirmación de que los glandes de plomo *aparecen en contexto ibérico ya a finales del siglo III a. C. y sobre todo en el I a. C.* es asimismo incorrecta. Consideramos significativos los ejemplos del Puig de Sant Andreu e Illa d'en Reixac-Ullastret. En ambos oppida se han documentado glandes de plomo en contextos inequívocos de la primera mitad del siglo IV a. C.¹⁹, a los que deben sumarse los depósitos de proyectiles de piedra situados junto a las

bargo la revisión de los fondos del Museo Monográfico de Ullastret, eleva esta cifra a casi 40, en su mayoría datadas en los siglos IV y principio del III a.C. En Illa d'en Reixac se ha documentado un ejemplar del tipo *Olimpia*, (A6 de Snodgrass) en la UE 10.073 correspondiente a la fase V datada 380-325 a.C. Cabría pues preguntar que número de puntas de flecha es necesario para considerar el uso bélico del arco.

¹⁷ Vide sobre las fuentes F. Quesada (1989): «La utilización del arco y las flechas en la cultura ibérica». *TP*, 46, pp. 161-201; S. Rebores (1988): «El arco y las flechas en el Bronce Final y en el Hierro Inicial en Grecia». *Gerión*, 16, 85-99.

¹⁸ En relación con la referencia que F. Quesada realiza sobre nuestra afirmación relacionada con Tito Livio XXVII, 38, sólo indicábamos la primera mención a un contingente de arqueros en el ejército romano; debe constatarse también que, en contra de lo expresado por nuestro amigo F. Quesada, el contingente de 3000 arqueros y honderos no va a Sicilia, sino que es enviado desde Sicilia: «et sagittariorum funditorumque ad tria milia ex Sicilia C. Mamilius misisse» F. Gardner (1970): *Livy. Books XXVI-XXVII*. The Loeb Classical Library. El error a Sicilia se encuentra también en la edición de Tito Livio *Historia de Roma desde su fundación Libros XXVI-XXX* de la Biblioteca Clásica Gredos, p. 225. Una traducción correcta se encuentra en J. Solís (1992): *Tito Livio. Historia de Roma. La Segunda Guerra Púnica*. Ed. Alianza Editorial. Madrid, p. 181.

¹⁹ Illa d'en Reixac. Dos glandes de plomo de 4 cm. de longitud y 1 cm. de diámetro con peso aproximado de 45 grs. Localizados en las UE. 7080 y 1017. Significativamente, presentan rebabas de fundición, por lo que, probablemente

torres 5 y 6, más tardíos, pero no posteriores a la segunda mitad del siglo III a. C.²⁰; la conclusión es innegable: en el área de las comunidades ibéricas del NE peninsular se empleaba la honda con proyectiles de plomo y finalidad militar²¹.

F. Quesada reconoce la importancia de relacionar la ruta seguida por Aníbal para atravesar los Pirineos²² como una consecuencia de su experiencia en el sitio de Sagunto. En efecto, si el ejército cartaginés hubiera seguido el fácil camino de la costa se hubiera visto en la necesidad de expugnar los principales asentamientos fortificados ibéricos del NE. Peninsular, al menos aquellos que han sido comúnmente considerados como núcleos de capitalidad de las diversas áreas tribales, dado que es imposible pensar que Aníbal dejara a sus espaldas un amplio número de recintos fortificados que amenazasen su retaguardia. Su camino por la costa se hubiera visto entorpecido por las fortificaciones complejas de los poblados del nordeste peninsular, para terminar su recorrido ante las murallas de Emporion. Si tardó entre seis y nueve meses²³ en expugnar Arse que contaba con una superficie aproximada de 57.000 m² (y un número de defensores/habitantes proporcional), cuanto tiempo no habría necesitado el ejército cartaginés para expugnar enclaves de la superficie del Castellet de Banyoles-Tivissa (44.000 m²), Turó del Montgrós-El Brull (90.000 m²), Burriac-Cabrera de Mar (110.000 m²), Puig de Sant Andreu-Ullastret (80.000 m²) o Illa d'en Reixac-Ullastret (30.000 m²) por citar tan sólo los más significativos²⁴. En todos los casos se han documentado arqueológicamente obras defensivas complejas. Pero no son sólo los núcleos principales los que dispondrían en esta zona de *proteichismas*. Las intervenciones recientes en poblados del área laietana como Mas Boscà (Badalona), Puig Castellar (Santa Coloma de Gramanet), de

se fabricaban a molde en el mismo yacimiento, dado que en los mismos niveles se han identificado hornos metalúrgicos. M. C. Rovira (2000): «Els objectes metàl·lics». AA.VV. Excavacions arqueològiques a l'Illa d'en Reixac (1987-1992). Monografies d'Ullastret, 1., 197. Puig de Sant Andreu. Dos glandes de plomo de 3,4 cm. de longitud y 1 cm. de diámetro, procedentes del área del Istmo, sector 1 A-B, E.II, campaña 1971 n° inv. PSA 3432, datándose este estrato se data por material ático en la primera mitad del siglo IV a. C., el segundo ejemplar n° inv. PSA 3494 no tiene ubicación referenciada. Inéditos. Es lamentable igualmente que algunos de los mejores conjuntos de glandes en plomo tengan una datación imprecisa como es el caso de las piezas de El Monastil (Elda) fechadas entre los siglos IV a. C. y V d. C. o Sant Miquel de Sorba, entre los siglos V a. C. y I d. C, dado que una cronología de Ibérico Pleno cambiaría substancialmente la interpretación.

²⁰ Significativamente, las torres 5 y 6 protegen, respectivamente, las dos entradas principales del poblado, las puertas 4 y 1. Las acumulaciones de cantos rodados aluviales en las fortificaciones no son un caso aislado, dado que en las torres E2 y E3 del oppidum de Nages (Gard, Francia) se identificaron 150.000 proyectiles. Otros glandes de plomo anteriores a la presencia romana se reseñan en Lattes (s.V a.C. nivel 7-9 del sondeo 17 GAP), y Villevielle (475-450 a.C.). M. Feugère (1992): «Les instruments de chasse, de pêche et d'agriculture». *Lattara*, 5, pp. 140-141. M. Py (1990): *Culture, économie et société protohistoriques dans la région nimoise*. Col. École Française de Rome, 131.

²¹ Recordemos que las referencias se ciñen tan sólo a los proyectiles de plomo, y que como indican las fuentes y el registro arqueológico el núcleo principal de los proyectiles sería la piedra o, incluso, la arcilla. Al no incluir en el registro los ítems de piedra (cantos rodados) o arcilla el volumen de proyectiles disminuye necesariamente, pero, como se indica en los textos aportados en nuestro artículo, las piedras eran el material básico de los honderos, por lo que debe variarse el tipo de material que se acepta como prueba del empleo de la honda.

²² Los textos de Polibio (3, 35, 1): *Atravesando el Ebro, sojuzgó a los ilergetes y bargusios, después a los arenosios y andosinos tocando ya a los Pirineos*, y Tito Livio (XXI, 23): *Sometió a los bargusios, ausetanos y a la Lacetania, región extendida ante los Pirineos*, indican claramente un camino interior a través del territorio ilergete.

²³ Vide los comentarios en este sentido las consideraciones en F. R. Marugán; J. I. Garay Toboso (1995): «El asedio y toma de Sagunto según Tito Livio XXI. Comentarios sobre aspectos técnicos y estratégicos». *Gerión*, 13 pp. 242-274.

²⁴ A los asentamientos citados deben sumarse otros de gran tamaño de los que se desconoce su extensión total, como Masíes de Sant Miquel (Vilafranca del Penedés), el núcleo ibérico de Tarraco, o Montbarbat (Lloret de Mar). Hemos indicado tan sólo los poblados interpretados como los núcleos de las estructuras de carácter estatal del área, dado que la lista de asentamientos de menor tamaño con potentes defensas es amplísima: Alorda Park (Calafell), Puig Castellet (Lloret de Mar), Sant Julià de Ramis..... Vide sobre esta configuración: J. Sanmartí; C. Belarte (2001): «Urbanización y desarrollo de estructuras estatales en la costa de Cataluña (siglos VII-III a.C.). L. Berrocal; Ph. Gardes (Eds.): *Entre Celtas e Iberos. Las poblaciones protohistóricas de las Galias e Hispania*. Ed. Real Academia de la Historia-Casa de Velázquez. Madrid.

menor tamaño, han identificado sistemas de defensa avanzados consistentes en la combinación de puertas, muros avanzados y/o poternas. En más que plausible suponer que Aníbal contaba con la suficiente información previa tanto de las características del territorio, la densidad de asentamientos y sus fortificaciones como para no querer empantanarse en una campaña de asedios²⁵, por lo que optó por la vía más compleja, pero menos jalonada de dificultades, del interior²⁶, aunque regresó a la costa tras franquear los Pirineos arribando a Iliberris (Elne), lugar en el que esperó la respuesta de las tribus galas reunidas en Ruscino (Château-Rousillon) (*Ab Urbe Condita*, XXI, 24, 1). Otro argumento sobre las prevenciones de Aníbal hacia las comunidades de la costa es que las tropas de retaguardia al mando de Hannón se asentaron en el interior *para mantenerse dueño de las gargantas que unen las Galias a las Españas* (*Ab Urbe Condita*, XXI, 23), por lo que Cneo Cornelio Escipión debe avanzar *hacia el interior* para enfrentarse a las tropas cartaginesas (Polibio, 3, 76, 1); e incluso Asdrúbal, en su intento de reconducir la situación, debe atravesar el Ebro con sus fuerzas, territorio en el que no consigue mantenerse tanto por la amenaza romana como por la inseguridad que le provoca las alianzas establecidas por Escipión con diversas tribus de la zona, debiendo repasar el río (Polibio, 3, 76, 1; *Ab Urbe Condita*, XXI, 60). La importancia y generalización de las fortificaciones del nordeste se reflejan también en la amenaza de M. P. Catón a las ciudades ibéricas del nordeste con la que consiguió que demoliesen sus fortificaciones (*Ab Urbe Condita*, XXXIV, 17; Zonaras, 9, 17, 5; *Catón*, 10; *Iber*, 39; Frontino, 1, 1, 1). En nuestra opinión, si las estructuras sociales ibéricas no hubiesen sabido emplear las fortificaciones de sus poblados en una guerra de sitio, y los asedios no hubiesen sido necesarios puesto que los iberos «desconocían esta práctica y combatían esencialmente en campo abierto» como afirma F. Quesada, las prevenciones de cartagineses y romanos serían ilógicas por cuanto forzando una batalla campal en la que pudiesen hacer valer la superioridad de su disciplina habrían resuelto el problema, y enfrentamientos de este tipo no faltan en el periodo 218-195 a. C.. Si Marco Porcio Catón teme (si no tuviera ninguna prevención sobre este hecho y la conquista fuese un paseo militar, no tendría objeto la amenaza) embarcarse en una costosa guerra de asedios y expugnaciones es *porque sabe*, al igual que anteriormente Aníbal, que éstos serán difíciles, factor que nos lleva a plantear el motivo de ésta dificultad; existen ejemplos de que la diferencia tecnológica entre un ejército que asedia con máquinas frente a otro que las desconoce posibilita la expugnación de las ciudades en muy poco tiempo, por tanto, creemos que la dificultad estriba en el hecho de que las estructuras sociales ibéricas *saben defenderse* de un ejército que emplea sistemas de asedio y también máquinas de guerra, y con ello la ventaja técnica se anula en gran medida. Dado que el conocimiento ha de ser anterior a la fecha del asedio de Sagunto y relacionarse con la de construcción de las fortificaciones complejas nos encontramos con una fecha de primera mitad del siglo III o siglo IV a. C., y, por tanto, de la eclosión de los tratados de poliarcética.

En éste punto nos encontramos ante una de las objeciones de F. Quesada sobre el proceso por el que los iberos pudieron conocer los principios de la guerra de sitio mediterránea: los mercenarios ibéricos²⁷. Indica que la mayor parte de ellos no regresaría, aunque esto es

²⁵ La importancia del comercio púnico y púnico-ebusitano en el área del nordeste peninsular debía ser, sin duda, una fuente inapreciable de información sobre las características del poblamiento en la zona, junto a la presencia de exploradores. Tito Livio indica que tras atravesar el Ebro envió «mensajeros a que ganasen con dones el ánimo de los galos, por donde había de pasar el ejército, y explorasen el paso de los Alpes» (*Ab urbe Condita*, XXI, 23), lo que indica el conocimiento del terreno por el que debía discurrir su marcha.

²⁶ Sobre la ruta seguida por el ejército cartaginés vide: F. Beltrán Lloris (1984). «El año 218 a. C. Problemas en torno al comienzo de la segunda guerra púnica en la Península Ibérica. *Hannibal Pyrenaeum Transgreditur. 5 Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*. Puigcerdà, pp. 147-171.

²⁷ Por ejemplo, Diodoro Sículo relata (*Bib. Hist.* 14.54.4-5; 14.75.8-9), la participación de mercenarios ibéricos en el ejército cartaginés durante la guerra de Sicilia contra Dionisio I, indicando su cohesión y el pacto de alianza que por su disciplina alcanzan con el tirano de Siracusa. Recordemos que es en éste conflicto cuando se emplean con profusión por

difícil de demostrar por la ausencia un relato concreto²⁸; sí regresarían, en su opinión, los jefes militares cuyo prestigio serviría para transmitir estas ideas. Como ya indicamos, creemos que el comercio fue asimismo una innegable fuente de transmisión de estos conocimientos. F. Quesada opina, sin embargo, que los jefes militares no sabrían transmitir los conocimientos técnicos necesarios para una correcta adaptación de los modelos mediterráneos, coincidiendo en ello con P. Moret²⁹. Esta tesis significa rebajar aleatoriamente el grado de inteligencia técnica y militar de los iberos, argumento para el que no comprendemos las razones ni podemos compartir. Un mercenario especializado conoce su oficio, sabe cómo se construye una fortificación, cómo se emplea en la defensa, y cómo debe actuarse contra ella. Por mucho que el prestigio sea una de las razones de la construcción de fortificaciones, el estudio detallado sobre el terreno de las mismas muestra el porqué del plan de la obra y los motivos por los que se eligen unas soluciones y no otras. No pretendamos encontrar en la península las fortificaciones del Ática para conceder el conocimiento poliorcético a los iberos como hace años se buscaban templos de planta tripartita para defender su ritualidad y sacralidad; cualquiera de los ejemplos indicados en nuestro trabajo demuestra que quien ideó las fortificaciones conocía con creces su oficio y que tenía poderosas razones para construir como lo hacía.

Indica F. Quesada que para demostrar la existencia de asedios, dado que las fuentes no aportan datos para los siglos V-III a. C., debe recurrirse a la evidencia arqueológica. Efectivamente, y eso es lo que hemos hecho al referirnos a determinados yacimientos que presentan sistemas poliorcéticos complejos; en nuestro artículo intentamos explicar la forma de uso de las fortificaciones dado que los detalles arquitectónicos los hemos expuesto ampliamente en anteriores trabajos a los que nos remitimos.³⁰ El problema, a nuestro juicio, no es si existen fortificaciones que copian e incluyen modelos arquitectónicos mediterráneos en su trazado, sino qué número de ellos es preciso para que sea aceptada *académicamente* su existencia³¹. Por otra parte, una revisión de los niveles de incendio/destrucción (y de sus cronológi-

primera vez las máquinas de guerra y las nuevas tácticas de asedio, y que es a partir del 402/401 cuando se inician las obras de la fortificación de la meseta del Epipoliae en Siracusa, que fueron dotadas con numerosas catapultas (*Bib. Hist.* 13.89.4; 13, 91.1; 13.93.1). Los trabajos de J. M^a. Blázquez y P. Barceló cifran entre 20.000 y 25.000 los mercenarios iberos presentes en Sicilia durante el conflicto. Pese a las bajas sufridas, en la retirada cartaginesa del 392 a.C. no figurarían contingentes iberos que pudieran transmitir el empleo de las máquinas de guerra y los nuevos tipos de fortificaciones complejas?. En nuestra opinión sí. J. M^a. Blázquez (1987-1988): «Los mercenarios hispanos en las fuentes y en la arqueología». *Habis* 18-19, pp. 257-270; P. Barceló (1991): «Mercenarios hispanos en los ejércitos cartagineses en Sicilia» *II Congreso di Studi Fenici e Punici*. Roma, 1987, pp. 21-26.

²⁸ Los textos que mostrarían el no retorno de los mercenarios se inician con Timeo 17.4. cuando indica que los mercenarios: *en las campañas acaecidas antiguamente con los cartagineses, no se llevaron los salarios a la patria, sino que gastaron profusamente toda la paga en comprar mujeres y vino*. No obstante, el texto hace referencia a los baleáricos, no a iberos, por lo que si tomamos éste texto como un ejemplo para los habitantes de la península, por la misma razón podríamos interpretar el concepto baleárico referido a hondero de una forma más amplia, o bien, como se ha sugerido el propio F. Quesada, como una especialización en el combate más que una definición regional. F. Quesada, 1997 *Op. cit.*, 480, n1.

²⁹ P. Moret, 1998. *Op. cit.*, 89; P. Moret, 1996, *Op. cit.* 217.

³⁰ F. Gracia (1997): «L'artillerie romaine et les fortifications ibériques dans la conquête du Nord-Est de la péninsule ibérique (218-195 av. J. C.)». *Journal of Roman Military Equipment Studies*, 8, pp. 171-195; F. Gracia (1997): «Poliorcética griega y fortificaciones ibéricas». *La Guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*. Ed. Ministerio de Defensa. Madrid, pp. 165-183.

³¹ F. Quesada indica «*si pudiera demostrar satisfactoriamente que desde el siglo V a. C. las fortificaciones ibéricas estaban en buena parte construidas teniendo en cuenta técnicas de asedio muy elaboradas que incluyeran el empleo de máquinas de guerra, su hipótesis quedaría probada*». En nuestra opinión, cualquiera de los ejemplos indicados en nuestro trabajo prueba la hipótesis que se nos reclama. Volvamos la oración por pasiva: si no existe un conocimiento extendido de las técnicas de asedio complejas ¿para qué van a ser necesarias las fortificaciones que tienen en cuenta en su trazado la existencia de asedios complejos?, ¿sólo por el prestigio?. El prestigio puede obtenerse con la monumentalidad sin recurrir a esquemas poliorcéticos, y si se recurre a ellos *sólo por el prestigio* deberíamos aceptar que quien debiera sentir ese prestigio era capaz de interpretar el origen de las fortificaciones complejas y su significado, por lo que volveríamos al punto inicial: el conocimiento poliorcético.

as) en los oppida ibéricos nos indicaría, sin duda, la existencia de destrucciones violentas a lo largo de los siglos V-III a. C. y, en consecuencia, de asaltos/asedios por mucho que éstos no se encuentren recogidos en las fuentes³².

Al aceptar a Tito Livio como base de muchas de sus argumentaciones (*exactitud del lenguaje, p.e.*?³³), nuestro amigo F. Quesada no tiene más remedio que reconocer que los saguntinos «*parecen conocer*» y «*estaban muy puestos*» en la defensa de las fortificaciones. La frase no deja de contener un cierto eufemismo *paladino*. Creemos haber demostrado en nuestro artículo a partir de la comparación de los relatos del asedio que realizan Tito Livio y otros autores con la obra de Eneas el Táctico que las respuestas tácticas de los defensores de Arse se ajustan casi de forma estricta a lo contenido en la obra de Eneas, así como también en los tratados de Filón de Bizancio³⁴ y Bitón³⁵, por lo que su conocimiento lo entendemos como innegable, no siendo posible negarlos con argumentos referidos a lo «*elemental*» de los mismos o a la «*improvisación*» de las tácticas defensivas.

No estamos de acuerdo en que los sistemas defensivos del Puig de Sant Andreu (Ullastret) o el Castellet de Banyoles (Tivissa) tengan errores de planteamiento. La distancia entre las torres y la relación con las cortinas murarias es la adecuada para una *defensa de apoyo* entre los sectores con inclusión del flanqueo, e incluso P. Moret ha definido la modulación de la arquitectura perimetral del yacimiento como próxima a los modelos griegos. Por lo que respecta al Castellet de Banyoles, la idea de que los iberos copiaron mal el modelo no es sino la *opinión* de P. Moret, sobre la que se asienta la afirmación de F. Quesada. El acceso del poblado del Castelet de Banyoles muestra una cobinación de torres pentagonales apuntadas *al único* acceso plausible al recinto, y la combinación de las mismas con el epikampion avanzado fue ya suficientemente demostrada en los trabajos de R. Pallarés. Por otra parte, en ningún caso he pretendido que el empleo del adobe en las fortificaciones sea la consecuencia del empleo de máquinas de guerra, por lo que la afirmación de F. Quesada sobre la anterioridad de las fortificaciones tartésicas carece de sentido aquí. Sí hemos indicado que los tratadistas griegos defendían que los alzados de adobe eran más indicados para la construcción de torres y murallas por el *efecto de absorción* del impacto de los proyectiles en muros cuyos materiales estuviesen perfectamente integrados frente a los construídos, por ejemplo, con piedra seca unida por cuñas o barro. Que en las fortificaciones del siglo VI a. C. en el Puig de Sant Andreu-Ullastret, o en las más avanzadas de Illa d'en Reixac (s. VI-V a. C.) o Castellet de

³² Porque además, ¿qué hechos acaecidos en la península anteriores al 237 a. C. están recogidos en las fuentes?. Debería reflexionar sobre ello cuando se niega la posibilidad de aplicar el sentido (que no la letra) de los textos tardíos a períodos anteriores.

³³ Dejando a un lado que la obra de Tito Livio contiene errores, de verdad hemos de entender que un texto escrito con más de dos siglos de diferencia respecto a lo que relata es una *obra exacta* de contenido? ¿Puede mantenerse verdaderamente que alguien en Roma sabría a ciencia cierta si lo que hirió a Aníbal ante Sagunto fue una piedra, un dardo, una flecha o una *trágula*?. Y ello dejando a un lado que las primeras referencias *cronológicas* a la *trágula* corresponden a Cayo Julio Cesar (*B.G.* V, 35), por lo que probablemente el termino de arma exótica pudo partir de la contemporaneidad de Tito Livio y no de la tradición, dado que la *trágula* es un tipo particular de lanza (o jabalina más probablemente) con propulsor empleada por los helvecios y los galos junto con el *verutum* (*B.G.* V, 44). Vide sobre el particular: M. Feugère (1993): *Les armes des romains. De la République à l'Antiquité tardive*. Ed. Errance. París, p. 170, destacando su opinión sobre la precisión de la obra de Tito Livio: «*Les sources ultérieures, tout intéressantes qu'elles soient, présentent l'inconvénient du décalage chronologique: Tite Live et Vitruve, à l'époque augustéenne, ont du mal à rendre compte d'événements anciens sans y mêler des éléments de leur propre époque; leurs témoignages ne peuvent donc être utilisés qu'au terme d'une analyse critique qui n'est pas exempte d'embûches*». p. 76.

³⁴ Autor de *Poliorcética y Maquinaria de Guerra*. La obra de Filón de Bizancio es difícil de consultar, no obstante, puede emplearse: A.de Rochas d'Aiglun (1872): *Traité de fortification, d'attaque et de défense des places par Philon de Byzance*. Ed. Socieété d'Emulation du Doubs.París. A.de Rochas d'Aiglun (1890): *Les Poliorcétiques d'Apollodore de Damas*. París.

³⁵ Autor de *La construcción de las máquinas de guerra y las catapultas*, obra en la que describe los principales tipos de ingenios del siglo III a.C. Pueden consultarse partes del mismo en: C. Wescher (1867): *Poliorcétique des Grecs.Traités théoriques,récits historiques*. Ed.Imprimerie Impériale.París.

Banyoles (s. IV o probablemente s.III a. C.) se empleó el adobe en los alzados es incuestionable, aunque, evidentemente, si este hecho es el resultado de una tradición (que en el NE empieza a fines del siglo VII a. C.) o el resultado de la aplicación estricta de una concepción arquitectónica, es difícil saberlo.

Como conclusión de esta contraréplica queremos incidir en el hecho de que la documentación proporcionada por el registro arqueológico y el estudio de las fuentes clásicas permiten más de una visión o línea interpretativa. Creemos que estamos asistiendo en los últimos años a la imposición de ciertas corrientes de *pensamiento único* en el marco de los estudios sobre la Cultura Ibérica a las que se añaden nuevos datos sin cuestionar el paradigma. Creemos que en el caso de la arquitectura militar ibérica el paradigma es muy restrictivo, excesivamente reductivista y generalizador, y debe ser cuestionado y/o cambiado. Un estudio *al pie de la letra* de las fuentes conlleva el peligro de la negación de todo hecho anterior o que no aparezca reflejado en las mismas, premisa que recorta gravemente las hipótesis interpretativas. Creemos asimismo que el estudio de los sistemas defensivos de los ejemplos indicados demuestra, por sí solo, la existencia de una concepción poliorcética compleja en la arquitectura defensiva ibérica, incluyendo la prevención de asedios y asaltos, como mínimo desde principios del siglo IV a. C., fecha en la que se datan las fortificaciones del NE peninsular estudiadas. El conocimiento de las técnicas poliorcéticas avanzadas implica asimismo el desarrollo de los conceptos de *fuego de barrera* y *fuego de cobertura* que, por su volúmen, precisan necesariamente del arco y la honda. La profundización en el estudio de los fondos de los museos permitirá, sin duda, ampliar la documentación arqueológica en este sentido. Por último, cuando se realiza una hipótesis negativa como es la descalificación del uso de máquinas de guerra y de sistemas de defensa complejos, se corre un grave riesgo: todo el andamiaje de las hipótesis se basa en que no se documente ningún ejemplo de máquina de guerra en el ámbito ibérico antes de la presencia romano-púnica, mientras que, por el contrario, la afirmación del mismo hecho se vería ratificada con un solo ejemplo positivo. *Wait and see*.

FRANCISCO GRACIA ALONSO

*Departamento de Prehistoria, Historia Antigua y Arqueología.
Universidad de Barcelona.*